

## LA RISA FINGIDA.

La risa falsa es una simulacion de risa y de gozo, que fingen unos hombres para engañar á otros, y para darles á entender lo que no es. Este risa es pasion y propiedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir. Tiene dos ó tres mil bocas todas muertas de risa : unas desdentadas como bocas de máscaras : otras colmilludas como de perros : otras grandes como calaveras que descubren de oreja á oido ; otras fruncidas como ojales de botones : otras barbuñas y otras rasas ; otras masculinas, otras femininas : otras vocingleras, y otras roncas : otras gruñidoras, y otras vomitonas : otras á boca cerrada, y otras regañosas : otras enrubiadas, y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres sino muchos miembros de un animal.

No tiene causas naturales ; ni procede de humor ninguno, ántes es puramente pasion moral. Porque los hombres de corte, como son mas conversables y mas ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condicion que se lo pague en el mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con risa á lo que ellos dijeron, rienselo ellos. Otros hay que ántes que comiencen á contar el donaire, se rien antemano ; y otros que en tanto que lo dicen, se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijese yo bebo á vos, y para que sepan que es cosa de reir, y que no sean necios.

EL DR. FRANCISCO DE VILLALOBOS.

## EL PEDAGOGO AVARIENTO.

HABIA en Segovia un licenciado Cabra, que tenia por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo

despues de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal lazzeria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo ; no hay mas que decir á quien sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color : los ojos avecindados en el cogote, que parecia que miraba por cuébanos, tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes : la nariz entre Roma y Francia, porque se la habian comido unas bubas de refriado : las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre, parecia que amenazaba á comérselas : los dientes le faltaban no sé cuantos, y pienso que por holgazanes y vagamundos, se los habian desterrado ; el gaxnate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad : los brazos secos, las manos como un manajo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo parecia tenedor ó compas, con dos piernas largas y flacas. Su andar muy despacio ; si se descomponia, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. La habla hética, la barba grande, que nunca se la cortaba, por no gastar : y él decia, que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero sobre su cara, que ántes se dejaria matar, que tal permitiese : cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol, ratonado, con mil gateras, y guarniciones de grasa : era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de qué color era. Unos viéndola sin pelo, la tenian por de cuero de rana : otros decian que era ilusion : desde cerca parecia negra, y desde léjos entre azul : llevábala sin ceñidor : no traia cuello, ni puños ; parecia con los cabellos largos, la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un filisteo. Pues su aposento, aún arañas no habia en él ; conjuraba los ratones, de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba. La cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado, por no gastar las sábanas ; al fin él era archipobre, y protomiseria.

QUEVEDO, *Vida del Gran Tacaño.*

## MUERTE DE RAQUEL, DOLOR DE ALFONSO VIII.

El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, cuando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que ántes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa, y fué la primera vez que no persuadieron sus lágrimas. Y viendo que su ruego pasaba á ser desaire, compuso el traje, serenó el semblante, y descansó el aliento; y fiando su seguridad en su razon, pudo sólo decirles brevemente; “¿vosotros me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porque él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Diréis que á esto os obliga el amor de vasallos; y siendo en vosotros razon que el amor os disculpe, la podrá haber para que á mí me mate? Si correspondo á sus carños, ¿no los debo obedecer como preceptos? y si no los correspondo, ¿es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso? Pero ¿para qué me valgo de la duda? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida; matadme, pues, matadme, y mataréis á entrámbos; que este lazo que á mí me ilustra, mas fácil es romperle que desatarle; mas ay! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorado.” En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable á los ejecutores, que evitaron un delito con otro delito: abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio: ¡ó infeliz jóven! Pregunta por Raquel; nadie responde: búscala despavorido, y encuéntrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes: no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza; conoce sí, que estaba sin aliento en que la recibia sin agrado: hállala desgrefinado el cabello, sirviendo mas para lazo

que para adorno: retirados los ojos, aun mas de la crueldad, que de la pena: y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por poderse explicar. Aquí es preciso correr la cortina al suceso, porque seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey afligido y lastimado.

EL CONDE DE CERVELLON, *Vida de Alfonso VIII.*

## GRANDEZA Y DECADENCIA DE ESPAÑA

ESPAÑA es país para todo, y tambien los Españoles. España produce todas las materias necesarias para la vida, no solo las de primera necesidad, sino aún las útiles y de delicia. España es, entre los descubiertos, el único reino que pudiera vivir con solos sus frutos, sin mendigar género alguno extranero: pan, vino, legumbres, aceites, ágrios, frutas, miel, cera, pescados, carnes, aves, caza, lana, seda, linos, cáñamos y minerales de todas especies. Estas son sus mas abundantes producciones; y se hallan debajo de un clima sano, delicioso, de aguas muy saludables, y de rios en gran número, y rodeados de dos mares. España tiene en sus dominios todas las materias simples, que necesitan sacar de nosotros las fábricas extrangeras; á ninguna nacion la sucede otro tanto. Y á España no le falta, en fin, ni ha faltado nunca, mas que ser conocida. El cielo hizo mucho por ella; nosotros lo deshacemos: á Dios le debe infinito; á nosotros muy poco.

Doscientos años hace que comenzaron Flamencos, Ingleses y Franceses á aprender de nosotros el arte de las fábricas, á sacarlas, tomarlas y llevarlas de España á sus países; y esta fué la época en que dió principio nuestra decadencia. En el siglo diez y seis daban nuestras fábricas la ley en las tres partes del mundo. En todas ellas tenian factorías nuestros comerciantes españoles. El increíble número de telares que contaba España, es cosa repetida en

muchos escritos antiguos y modernos. Pero lo mas notable es, que con todo el esmero de su exquisita aplicacion, aun no han llegado todavía estas industriosas naciones á dar á los bordados, telas de seda, tisúes y tejidos de oro y plata, aquella perfeccion, permanencia, solidez y hermosura, que despues de doscientos años todavía se admira hoy en los nuestros. Los ornamentos de altar que Felipe II. donó á la sacristía del Escorial, fabricados en Sevilla, etc., y que se conservan en ella expuestos á disposicion de quien quiera verlos, responden de esta verdad. ¿Y España no es país para fábricas? ¿Puede, oirse esto sin compasion? ¿Qué Lóndres, qué Paris, qué Nimes, ni qué Leon han igualado á las fábricas antiguas de Toledo, Granada, Sevilla y Segovia? Si exceden hoy á las actuales (en que no hay controversia) ya se ha indicado el motivo en qué consiste: y se dirá mas todavía para que en pocos años se queden muy atras, si se practicase lo que yo propondré en estos apuntes. Damascos ha hecho la piedad del Rey fabricar en Talavera para adornar una capilla del Escorial, que no pueden ceder á ningunos de Europa. ¿Pero qué ha de sucedernos, si cuando mas hacemos, quitamos un par de grillos de los piés del comerciante, labrador, fabricante ó navegante, y en el mismo acto le amarramos por la cintura con una cadena mucho mas fuerte? y no obstante decimos: camina adelante, que ya tienes sueltos los pies. El no da paso, ni puede; y luego se dice: ¡ven Vnds. que España no es país para esto!....

La nacion española es nacion de mucho honor, dócil, fiel, obediente y amantísima de sus soberanos. Su carácter es vivo, pronto, esforzado, constante, especulativo y penetrante. Por la senda del honor se la conduce hasta lo sumo. Puesta en tiro es capaz de todas las empresas mayores de la tierra (traslado á las de Cortés y á las del Gran Capitan) y bien conducida, jamas cedió, ni pudo ceder ninguna otra. Dos siglos vivió sin ser batida de nadie.....

La codicia inmoderada del oro y plata americana empobrecieron la riqueza natural de España. De la pobreza de los particulares resultó la indigencia universal y las necesidades del erario: de esta, la ruina de los vasallos y pueblos: de sus atrasos el general de la monarquía: de este, el de los miembros. Una á otra se dió la mano. Crecieron los gastos, el lujo y las obligaciones de la corona, cuando eran ménos los medios de asistirla, fomentarla y auxiliarla. De esta misma indigencia se derivó el aumento de tributos, impuestos y arbitrios, que fué redoblar y remachar el mal. Una carga superior á las fuerzas concluyó en desmayo, abandono y holgazanería. Y de estos antecedentes resultó (y necesitó resultar por consecuencia necesaria) toda la actual que padecemos en todas líneas. En una palabra, nosotros bajamos por aquel principio mismo que hizo subir á los demas, y todo ha provenido de una conducta contraria á la naturaleza del bien: de sistemas, digo, opuestos á las conveniencias del Estado.

M. A. GÁNDARA, *Apuntes sobre el bien y mal de Esp.*

#### ELEGANCIA DE LA LENGUA CASTELLANA.

##### PRÓLOGO.

El tratado, á que vamos á dar principio, es tan singular, y propio de la lengua española, que por él podrá verse clara y distintamente, así las partes en que ella es semejante á las otras lenguas, como tambien aquellas, por donde se distingue; siendo cosa cierta que sucede en un idioma respecto de los otros ni mas ni ménos como suele en los semblantes, en los cuales demas de verse aquellas partes comunes á todos de boca, nariz, ojos, &c., muéstranse al mismo tiempo ciertos toques de propia y singular fisonomía ora en lo rasgado mas ó ménos de los párpados; ya en el libre ó cargado sobrecejo, y así de las demas partes: y todo por tan varia y desigual

manera, que entre millones de hombres, aunque todos concurren y se parezcan en lo general del rostro, apénas hallaréis dos que de todo en todo se semejen en las propias líneas de su fisonomía. Pues esto mismo sucede en las lenguas; porque todas concurren en los mismos puntos de sonido por sus vocales, y de articulacion por sus consonantes: todas tienen nombres, que significan las cosas, y pronombres que las representan: todas verbos que comunican á la mente la verdad, accion ó estado del objeto, ayudándose de adverbios, que lo suben, ó bajan de punto, segun les cumple, y de preposiciones, que pasan, y asientan la accion ó verdad sobre el sujeto que miran; del mismo modo todas tienen partículas, que en el enlazar de las palabras ó períodos llevan en sí depositado lo mas bello y primoroso de la elocucion; y finalmente todos tienen interjecciones, si bien son ellas de tal condicion que atento su ser y particular semejanza en todas las naciones y aun vivientes, pueden con cierta propiedad llamarse el cándido y natural language del corazon, que de ellas se sirve como de otras tantas cifras, ó notas de sus mas íntimos sentimientos. A todo lo cual podeis añadir el número, ó ajustada colocacion entre sí de todas estas generales partes, que es general á todas las lenguas, abriéndose así fácil y gustoso paso el que os habla para llegar con su sentencia á vuestra mente, ó tocaros con algun afecto el corazon de aquel modo que solemos ganarnos la guardia, ó camarero del príncipe, cuando queremos llegarnos á su persona, que tal es el oido respecto de la mente y corazon. Mas bajo esta general uniformidad de las lenguas, ¿quién no se maravillará de la simple y fecunda naturaleza que supo mostrar con pocos generales principios, é instrumentos casi infinitos, maravillosos efectos, habiendo dado en solas cinco vocales, ó puntos de sonido, y pocos mas de articulacion á todas las naciones tan diferentes entre sí y aún contrarias en costumbres, ritos, dominacion, y fortuna, abundante materia de articular cada una á su modo una casi inmensa extension de ideas simples y compuestas de la

mente, y los innumerables movimientos del corazon mostrando, combinando, y extendiendo cuanto conocen, reflexionan, y sienten sobre el profundo cáos de tanto y tan vario ser con todas las relaciones que dicen entre sí por su esencia, conveniencia, utilidad, oposicion, &c., explicando los afectos, que de todo esto pueden nacer en el corazon por mil incomprensibles modos acomodados al genio de cada nacion, proporcionados á todos los puntos, combinados con todos los respetos; y todo aunque tanto y diverso, reducido á pocos generales principios de sonido y articulacion?

Que si indagar quisieredes cual deberá ser el origen, ó primer principio de esta general uniformidad de las lenguas, hallarlo héis sin duda en la comun uniforme constitucion del corazon humano, el cual como no pueda estar sin que anhele y vaya siempre tras aquel honesto, útil, real ó aparente, que es el alma de sus deseos, y necesario término de sus movimientos y acciones, y adonde no pueda él llegar de ordinario, segun es de limitado y corto sin agena ayuda, procura él por todas las vías mostrar á los que ayudarle pueden su intencion, y moverlos al recíproco y familiar comercio y trato, de donde depende el alivio de sus penas, ó el aumento de su felicidad, todo con la esperanza de participar uno en las ocasiones del mismo bien, y alivio que á los otros procura, que es el mas íntimo y suave vínculo de la humana sociedad. Pues como sean, y hayan sido siempre unas mismas las pasiones y necesidades del hombre, regidas y acaudilladas, por decirlo así, del deseo y ansia que en todos vive por el útil particular y bien comun, para cuyo logro es absolutamente necesaria la voluntad agena y ayuda de otros: de aquí es que para hacerles saber nuestros deseos, y llegar á su consecucion, ha inspirado naturaleza, con los mismos generales afectos y pasiones, un mismo modo comun de expresarlos manifestando el corazon por medio de la lengua á los que ayudarle pueden las nuevas del bien que desea, ó del mal que le empece.

DON G. GARCÉS.

## TEDIATO Y LORENZO.

*T.*—¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será. ¿Quién sino él, y en este lance, y por tal premio saldria de su casa? Él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso: el azadon y pico que traó al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los piés descalzos que pisan con turbacion, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bulto, cuyo encuentro horrorizaria á quien le viese. Él es, sin duda: se acerca: desembózome, y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! Lorenzo!

*L.*—Yo soy. Cumplí mi palabra. Cumple ahora tú la tuya. ¿El dinero que me prometiste?

*T.*—Aquí está. ¿Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

*L.*—Sí: porqué tú tambien pagas el trabajo.

*T.*—¡Interes, único móvil del corazon humano! Aquí tienes el dinero que te prometí. Todo se hace fácil cuando el premio es seguro: pero el premio es justo una vez ofrecido.

*L.*—¡Cuán pobre seré, cuando me atreví á prometerte lo que voy á cumplir! ¡Cuánta miseria me oprime! Piénsalo tú: y yo. . . . harto haré en llorarla. . . . Vamos.

*T.*—¿Traes la llave del templo?

*L.*—Sí, esta es.

*T.*—La noche es tan oscura y espantosa. . . .

*L.*—Y tanto, que tiemblo y no veo.

*T.*—Pues dáme la mano, y sigue: te guiaré, y esforzaré.

*L.*—En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo dia de enterrar alguno ó algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

*T.*—Es que me vas á ser útil: por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

*L.*—¡Que tiemble yo!

*T.*—Anímate, imítame.

*L.*—¿Qué interes tan grande te mueve á tanto atrevimiento? Parécese cosa difícil de entender.

*T.*—Suéltame el brazo. Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave. . . . Ella parece tambien resistirse á mi deseo. Ya abre. . . . entremos.

*L.*—Sí, entremos. ¿He de cerrar por dentro?

*T.*—No, es tiempo perdido, y nos pudieran oír. Entorna solamente la puerta, porque la luz no se vea desde afuera, si acaso pasa alguno. . . . tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser. ¡Qué sonido tan lúgubre el de esa campana! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

*L.*—¿Adonde?

*T.*—A aquella sepultura. Sí, á abrirla.

*L.*—¿A cuál?

*T.*—A aquella.

*L.*—¿A cuál? ¿A aquella humilde y baja? Pensé que querias abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré, pocos dias ha, al duque de Fausto, timbrado, que habia sido muy hombre de palacio, y segun sus criados me dijeron, habia tenido en vida el manejo de cosas grandes: figuróseme que la curiosidad ó el interes te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oido, no sé donde, que ni los muertos estan libres de las sospechas, y aún envidias de los cortesanos.

*T.*—Tan despreciables son para mí muertos como vivos: en el sepulcro, como en el mundo: podridos, como triunfantes; llenos de gusanos, como rodeados de aduladores. No me distraigas. . . . vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

*L.*—No, pues al túmulo inmediato á ese, y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir; porque aun en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponía, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver: no se halló siquiera un doblon en su mortaja.

*T.*—Tampoco vendria yo de mi casa á su tumba, por todo el oro que él trajo de la infeliz América á la tirana Europa.

*L.*—Sí será: pero no extrañaria yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo. . . .

*T.*—Poca cantidad, sí es útil, pues nos alimenta, nos viste, y nos da las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

*L.*—¡Hola! y porqué?

*T.*—Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el orden de la naturaleza: lo bueno se sustrae de su dominio, sin el fin dichoso. . . . ¡Con él no pudieron arrancarme mi dicha! ¡Ay! vamos.

*L.*—Sí, pero ántes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me eriza el pelo cuando paso junto á ella.

*T.*—¿Porqué te espanta esa mas que cualquiera de las otras?

*L.*—Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

*T.*—Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantos humores, compuesto de tantas partes invisibles, sugeto á tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es mas, movido por una alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos ¿qué puede durar? ¿cómo puede durar? No sé como vivimos. No suena campana que no me parezca sonar á muerto. . . . ¿Cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Cuántas de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¡Entre cuántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro! Cada vez que muevo el pie, me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura. Conozco dos ó tres yerbas salu-

dables; las venenosas no tienen número. Sí, sí: el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga. . . . ¿y qué? El leon, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo, é innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

*L.*—Ya estamos donde deseas.

*T.*—Mejor que tu boca me lo dice mi corazon. Ya piso la losa que he regado tantos veces con mis lágrimas. Esta es. ¡Ay Lorenzo! Hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples, ¡cuántas tardes he pasado junto á esta piedra tan inmóvil, como si parte de ella fuesen mis entrañas! mas que un sér sensible, parecia yo estátua, emblema del dolor.

*L.*—Ya he empezado á alzar la losa de la tumba: pesa infinito. . . Ayúdame, mete ese otro pico por allí, y haz fuerza conmigo.

*T.*—¿Así?

*L.*—Sí, de este modo. Ya va en buen estado.

*T.*—¿Quién me diria, dos meses ha, que me habia de ver en este oficio! Pasáronse mas aprisa que el sueño, dejándome tormento al despertar: desaparecieron como humo que deja las llamas abajo, y se pierde en el aire. ¿Qué haces, Lorenzo?

*L.*—¿Qué olor! ¡qué peste sale de la tumba! No puedo mas.

*T.*—No me dejes, no me dejes, amigo: yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

*L.*—La abertura que forma ya da lugar para que salgan esos gusanos, que se ven con la luz de mi farol.

*T.*—¡Ay! ¡qué veo! Todo mi pié derecho está cubierto de ellos. ¡Cuánta miseria me anuncian! En estos, ¡ay! en estos se ha convertido tu carne: de tus hermosos ojos se han engendrado estos vivientes asquerosos. Tu pelo, que en lo fuerte de mi pasion llamé mil veces, no solo mas rubio, sino mas precioso que el oro, ha producido esta podre. Tus blancas manos, tus labios amorosos, se han vuelto ma-

teria y corrupcion. ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! ¡A qué sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos!

L.—Vuelvo á ayudarte: pero me vuelca ese vapor.... Ahora empieza. Más, más.... qué? ¿lloras? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que caen en mis manos... Sollozas? ¿No hablas? Respóndeme.

T.—¡Ay! ¡ay!

L.—¿Qué tienes? ¿te desmayas?

T.—No, Lorenzo.

L.—Pues habla. Ahora caigo en quien es la persona que se enterró aquí. No dejes de trabajar por eso: la losa está casi vencida, y por poco que ayudes, la volcarémos, segun vamos. Ahora, ahora.... ¡ay!

T.—Las fuerzas me faltan.

L.—Perdimos lo adelantado.

T.—Ha vuelto á caer....

L.—Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vaya viniendo la gente, y nos vean.

T.—Ya han saludado al Criador algunas campanas de los vecinos templos en el toque matutino. Sin duda lo habrán ya ejecutado los pájaros en los árboles con música mas natural y mas inocente, y por tanto mas digna. Sólo mi corazón aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol: las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman dia son á mi vista fantasmas, visiones y sombras cuando ménos.... algunos son furias infernales. Razon tienes: podrán sorprendernos. Esconde ese pico y ese azadon, no me faltes mañana á la misma hora, y en el propio puesto. Tendrás ménos miedo, ménos tiempo se perderá: véte, te voy siguiendo.

¡Objeto antiguo de mis delicias! ¡hoy objeto de horror para cuantos te ven! ¡Monton de huesos asquerosos... en otros tiempos conjunto de gracias! ¡Oh tú, ahora imágen de lo que yo seré en breve! Pronto volveré á mi casa, des-

cansarás en un lecho junto al mio: morirá mi cuerpo junto á tí, cadáver adorado, y expirando, incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volverémos ceniza en medio de las de la casa.

CADALSO, *Noches lúgubres.*

#### LOS HÉROES DE BARLETA.

La estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroismo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya, ó la circunvalacion de Cápua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los Generales, todo da á esta época un aire de tiempo heróico, que ocupa agradablemente la imaginacion.

El Duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, y sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros, y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entónces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pié, pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo; negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos,

ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes diez y nueve de Septiembre, y el desafío se aplazaba para el día siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogióronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el mas célebre era Diego Garcia de Parédes, que apesar de tres heridas que tenia en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no sólo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion, y la de sus Príncipes, dependia de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir, ántes que volver sin gloria de la batalla.

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañado cada uno de los pajes, al lugar del desafío. Llegaron ántes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro, los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos: al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pié, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid; cayó otro

frances del caballo, y por matarle ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente, á defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas: la sangre les corria por entre las armas, y el campo se les cubria con los pedazos de acero, que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos, dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pié y dos á caballo, miéntras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pié, parecia que nada les quedaba ya, sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus jinetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entónces Garcia de Parédes á voces les decia, que se apeasen, y acometiesen á pié, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Miéntras él peleaba así, los franceses movian partido y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podian salir todos como buenos del campo. A los mas de los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Parédes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplieran con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres, ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espa-



da de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles; los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas: la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto, aceptando este partido. Hicieronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba *el caballero sin miedo y sin tacha*: entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Parédes, y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Parédes: él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian: él fué quien los defendió delante de su general diciendo; que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no habia para que tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin, los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. “Por mejores los envié yo al campo,” respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

QUINTANA, *Vida del Gran Capitan.*

## DISCURSO PRELIMINAR.

QUISIERAMOS evitar los dos escollos que naturalmente presenta el asunto que nos proponemos tratar en este discurso.

Montesquieu hablando de nuestra literatura ha dicho: “que no tenemos mas que un libro bueno, que es el que ridiculiza á todos los demas,” al paso que por otra parte mas de uno de nuestros apologistas asegura que Roma, Paris, y Lóndres nada tienen que oponernos, que pueda competir con el mérito y las obras de nuestros grandes hombres. Estamos muy distantes de aprobar esta parcialidad y jactancia, que no puede justificarse por ninguna especie de provocacion, y condenamos la conducta de estos aduladores de las naciones, cuyo grito frenético no puede servir sino para probar la pasion que les hace hablar, desacreditar la causa misma que sostienen, y lo que es peor, perpetuar los males de la nacion que creen ó afectan defender; añadiendo así á la ignorancia, de suyo dócil, el error que la hace presuntosa ó incorregible. Cuando no pudiera haber un medio justo entre los dos extremos, preferiríamos un lenguaje que pone en movimiento, irritando por la injuria, á un lenguaje que adormece y mata inspirando esa inercia en que consiste la verdadera muerte de las naciones: mas por fortuna este medio existe, y á pesar del respeto que se debe al nombre de un Montesquieu, no podemos ménos de decir, que en esta ocasion pareció desconocerle, y cayó en aquel defecto tan resbaladizo, y á que tanto propenden los que manejan el arma terrible de la ironía. Aún en las manos de un Montesquieu, que generalmente la hizo servir al triunfo de la verdad y la razon, no podia ménos de descubrir una que otra vez su índole maligna y peligrosa. Erigido y mirado Montesquieu, y justamente, como uno de los oráculos mas respetables del saber humano, sobre su asercion equivocada se consolidó, por decirlo así, el descrédito de nuestra literatura, y como cuesta ménos trabajo censurar y despreciar, que estudiar, y